

CAUSAS Y CONSECUENCIAS
de la REVOLUCIÓN:
los casos de México y Cuba

Ramón Eduardo Ruiz

Fuente:

Dialéctica, Nueva Época
Año 30, n.º. 38, Otoño 2006



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2013

I.

LA Revolución es la Revolución, exclamó Luis Cabrera, célebre político mexicano. La palabra Revolución, pronunciada siempre con R mayúscula, denota una transformación acelerada de la sociedad, no sólo en lo político, sino en lo social y lo económico, debido a que la estructura de clases se disloca. Su acaecimiento, por tanto, depende de los resultados. ¿Transfirió el trastorno poder, riqueza y fuente de ingresos de los ricos a los desposeídos, de modo que habría emergido un nuevo sistema, como ocurrió en Rusia, China y Cuba? Si no fue así, los resultados difícilmente podrán calificarse como revolucionarios, acaso una mera victoria de rebeldes que buscaban sustituir a los viejos gobernantes. Con la posible excepción de la Francia de 1789, la revolución es un fenómeno del siglo veinte; hasta entonces, el cambio fue evolutivo. ¿Qué es lo que hace a la Revolución? ¿Por qué los intentos de cambio radical se estancan?

II.

Cuba

Dos países de la América hispana, México y Cuba, generalmente reconocidos por haber emprendido el camino a la Revolución, nos ofrecen un campo de prueba. Como sabemos, ambos desembocaron en polos completamente opuestos. Uno tuvo éxito espectacular; el otro cayó de bruces. En Cuba, la caída del viejo régimen en 1959 abrió paso a un régimen socialista, mientras México, a pesar de los años de violencia y promesas incumplidas, nunca traicionó su base capitalista. Dejando de lado la retórica, la sociedad mexicana de los 1920 no era muy diferente a la del Porfiriato, a pesar del renacimiento del arte mural y del experimento escolar deweyano. ¿Por qué el contraste entre ambos?

La Revolución cubana avanzó con asombrosa rapidez. En cosa de meses se promulgó y se aplicó una ley de reforma agraria que

arrasó al viejo sistema de plantación azucarera, al tiempo que otras propiedades extranjeras también fueron nacionalizadas – contra las vehementes protestas de los intereses creados con su impar récord de oposición a la reforma socioeconómica. A fines del primer año, los viejos gobernantes habían perdido toda su autoridad, mientras los médicos, abogados y burócratas de la supuesta clase media iniciaban el éxodo de la isla. ¿Cuál es la explicación del cambio? Claramente, no hay una causa única que dé una respuesta completa y satisfactoria, pero cualquier intento de explicación debe tomar en cuenta una realidad singular.

La clave está en la estructura social. La Cuba de fines de 1958 no presentaba una sociedad coherente ni un edificio social bien entretelado, sino, simplemente, “una sociedad en estado de emergencia”, para citar a Lowry Nelson, autor de *Rural Cuba*. Los componentes individuales no constituían una nación.

Los cubanos eran profundamente nacionalistas, pero su sociedad –una colección de piezas reunidas por las circunstancias y los accidentes históricos– albergaba conflictos económicos, rivalidades étnicas y un abismo entre la ciudad y el campo que desmentían el mito de la nacionalidad.

Era una sociedad fragmentada. No se había creado una clase gobernante homogénea. Los ricos, subordinados a un poder extranjero, no habían establecido una verdadera hegemonía. Debido a que el feudalismo español no había arraigado en la isla, no existían clases terratenientes tradicionales. Las grandes plantaciones azucareras databan apenas de los últimos días de la era colonial y eran en gran medida propiedad de americanos. Hasta entonces, la tierra había sido ampliamente distribuida, de modo que la relativa insignificancia de los latifundios frenó el desarrollo del sistema feudal español.

El azúcar y el influjo de capital americano obstruyeron el crecimiento de la hacienda, la forma económica típica de las colonias españolas en el continente. Incluso las grandes propiedades rurales abandonadas por España desaparecieron en su mayoría. En consecuencia, Cuba no se caracterizó por clases de patriarcas agrarios ni de siervos atados a la tierra y obligados por ley con el hacendado, como sí ocurrió en Perú y México.

La característica dominante fue la unidad agroindustrial de propiedad americana, la cual fomentó una relación enteramente diferente entre la administración y el trabajo, impidiendo en el proceso el desarrollo de una elite de tipo hispanoamericano.

La estructura de clases presentó, en consecuencia, una característica peculiar. Ciertamente, Cuba había engendrado antes de la Revolución una pseudoaristocracia cuya riqueza provenía de su participación en la economía de la República, en realidad una plutocracia que ocupó los vacíos dejados por los gobernantes españoles y se mezcló con los remanentes de la vieja élite colonial para unir fuerzas con los americanos que invertían capital en la industria azucarera después que la Enmienda Platt les dio las garantías necesarias. Era una burguesía cuyo bienestar dependía totalmente de los extranjeros. Según sus antecedentes y valores —una mezcla de ingredientes españoles, cubanos y americanos—, esta plutocracia tuvo poco en común con las élites agrarias. Salvo por el alto ingreso *per cápita* que los distinguió de los grupos menos afluentes, sus vínculos eran con la pseudo burguesía. Clan neoempresarial carente de conciencia de clase elitista y que ejercía un liderazgo limitado, esta plutocracia no controló la sociedad como sí lo hicieron las élites de Perú y México, las cuales no sólo dictaron la esfera económica, sino también la social y la política. En Cuba, la dilación de la independencia, el sistema de monocultivo, la preponderancia del capital extranjero, los latifundios azucareros y la ausencia de pequeñas industrias influyeron en la estructura de clases.

El edificio nacional no consistía de clases altas, medias y bajas. Tal definición simplificaría una situación compleja. Si el criterio de análisis fueran la riqueza y el ingreso, Cuba indudablemente tuvo una clase alta y una baja. Pero la sociedad cubana no había cuajado todavía. Nelson la divide en dos grandes categorías. En la categoría superior incluye a las clases altas y medias altas. La clase alta incluía a los segmentos administrativos, los empleados de oficina y los descendientes de las familias de clase alta, independientemente de su nivel de riqueza e ingreso reales. La clase baja se componía de trabajadores manuales y sus descendientes. Los cubanos de entonces, según Nelson, no podían ser clasificados sobre la base de su ingreso, exclusivamente.

Por otra parte, la definición de la clase media plantea una cuestión de actitudes. ¿Había una clase media cubana con un conjunto de valores propios? Debido a que los grupos medios se identificaban con la plutocracia y sus valores, Nelson estima que no se puede hablar de una clase media. Más aún, había grupos medios que deseaban imitar a la clase alta y vivir un estilo de vida similar. La diferencia entre las clases rica y media era de nivel de vida, no de actitudes. El rico era aquel que simplemente tenía más riqueza que los menos afluentes.

También es impreciso hablar de una burguesía nacional, pues los grupos de negocios estaban casi totalmente identificados con los intereses, corporaciones y finanzas de Estados Unidos. Tenían pocas posesiones propias y muy pocos intereses nativos que defender. El espíritu antiimperialista tuvo pocos voceros en la burguesía, especialmente después de 1933, cuando los privilegios comerciales y económicos de Estados Unidos los subordinaron aún más a los negocios americanos. La minúscula *intelligentsia* acusó a los empresarios cubanos de ser malinchistas.

Es un axioma político que la clase media independiente es producto de intereses nativos. Pero la burguesía cubana dependiente del extranjero virtualmente ignoró la necesidad de crear una industria propia. Ciertamente, la tendencia empezaba a cambiar; unos pocos cubanos empezaban a hacer negocios por sí mismos. Sin embargo, la economía no registró ningún cambio importante. Las empresas privadas siguieron siendo extranjeras en su mayoría, mientras los cubanos educados, médicos y abogados, principalmente, se empleaban en puestos públicos, convirtiendo al tesoro público en su patrón. En el fondo de esta clase nebulosa, una legión de pequeños comerciantes, empresarios del espectáculo, guías y proxenetas –burgueses en visión del mundo y aspiraciones– obtenía su modo de vida de la industria turística y de los gustos de la gente afluyente. Muchos de ellos tenían trabajo sólo durante la época turística.

En ningún lugar la debilidad o inexistencia de la clase media era más evidente que en el campo. Con cuarenta por ciento de población rural y un porcentaje mucho mayor de personas dependientes directa e indirectamente de la agricultura, la isla debió haber teni-

do una clase media agraria. Sin embargo, los colonos, arrendadores, subarrendadores, capataces, superintendentes y administradores de ingenios y plantaciones de azúcar, café y tabaco —una importante porción de la población—, apenas si semejaban una clase media. Un examen más cercano revela que, en realidad, no cumplían un papel propio, sino que estaban subordinados a los intereses establecidos. Entre el rico y el pobre había una miríada de grupos, ninguno de ellos con una idea clara de su lugar en la sociedad, pero imbuidos de un conjunto de ideales mezquinos, cuya suma no constituía un ideal de clase. Ninguna unanimidad de opinión sobre las cuestiones nacionales los aglutinaba. En 1952, todos ellos aceptaron pasivamente el golpe de Fulgencio Batista, de la misma manera en que habían reverenciado las trapacerías políticas del pasado.

Los peldaños inferiores de la sociedad estaban igualmente fragmentados, unidos sólo por los lazos comunes de pobreza. Un pequeño proletariado urbano vivía en las barriadas de las ciudades, engrosado por las olas de desempleados del campo que arribaban durante las épocas muertas del azúcar. El proletariado se empleaba principalmente en la construcción, en la manufactura de productos del tabaco y en empresas de servicios públicos, embarque y servicios relacionados con el turismo. La mano de obra agraria y los hombres permanentemente empleados en los ingenios azucareros, las vegas de tabaco y los ranchos ganaderos eran sus aliados en el campo.

Una fuerza de trabajo de 700 mil sin empleo o con ocupación estacional —casi el doble de los trabajadores con empleo de tiempo completo— tenía el escalón más bajo. Aproximadamente la mitad tenía trabajo en la cosecha de azúcar o en la construcción durante unos meses del año. Para citar el perspicaz análisis de Robin Blackburn, este segmento laboral no era siquiera explotado en las relaciones de producción; era simplemente excluido por completo, sin intereses en la sociedad. En conjunto, de una fuerza laboral de unos 2.7 millones, más de uno de cada cuatro no tenía trabajo durante todo el año o la mayor parte de él.

Más aún, la Cuba rural era huérfana. Casi todos sus habitantes eran de la clase baja, mientras casi todos los individuos de alto

ingreso vivían en las ciudades y en los pueblos, en un mundo donde tres cuartas partes de la población dependían de la agricultura. La residencia y la pobreza rural distinguían a la mayoría del populacho. Una masa empobrecida de desempleados y subempleados, una población rural dedicada al monocultivo y un pequeño proletariado urbano, esos eran los componentes principales de la clase baja de Cuba.

Aunque los trabajadores se agrupaban a veces en sindicatos, la dura realidad de la estacional e impredecible economía del azúcar minaba mucha de su fuerza organizativa, en particular la del sindicato de trabajadores del azúcar, el más grande de la isla. No había vínculos sociales ni ideológicos que aglutinaran a los trabajadores o los integraran a la estructura de la sociedad. En este sentido, la clase baja tenía menos lealtades que los amorfos grupos medios hacia las instituciones cubanas. Amargados y frustrados, muchos trabajadores prestaban oídos a las maquinaciones de los agitadores y reformadores, cuyo principal objetivo era la transformación drástica de la sociedad. Habían aceptado incluso la organización de soviets en la industria azucarera en 1933, mientras los miembros individuales de los estratos más bajos compartían un difundido cinismo entre ellos y hacia el gobierno, las leyes y el futuro del país. La mayoría de los trabajadores tenía poca confianza en la capacidad o la voluntad de los inversionistas y el gobierno para crear nuevas industrias y crear más empleo.

Las diferencias de raza y color también dividían a la sociedad. Uno de cada cuatro cubanos tenía ancestros africanos. Aún así, el prejuicio racial de los españoles y la virulenta variedad americana que ingresó a Cuba en el siglo veinte dividieron a la sociedad a lo largo de líneas de color. Para todo propósito e intención, en Cuba existía una sociedad *Jim Crow*, de la que los africanos eran excluidos hasta de las playas exclusivas para turistas. En general, los grupos de ingreso superior eran blancos, mientras la gente de color languidecía en el fondo de la escala social. Casi todos los hombres de piel oscura eran pobres. La fuerza de trabajo rural, especialmente los cortadores de caña y los poco calificados de las industrias del café y el tabaco, tenían un pronunciado tinte africano.

Directa o indirectamente, los afrocubanos habían enarbolado con frecuencia la causa de la reforma. En 1912 protagonizaron una revuelta, y mucha de la agitación laboral del siglo veinte se gestó en la “coloreada” provincia de Oriente. Como cortadores de caña, mano de obra de los ingenios, granjeros y trabajadores manuales, los afrocubanos fueron los primeros en padecer la severidad de los tiempos difíciles. La mayoría de los desempleados y los subempleados era de indudable origen africano.

Profundamente dividida por diferencias de ingreso, donde ricos y pobres vivían en mundos separados, y un espíritu de desconfianza omnipresente enfrentaba a grupos e individuos entre sí, la sociedad cubana ofrecía fundamentos endebles para las instituciones locales. En realidad, Cuba nunca desarrolló instituciones propias. Leyes, cortes y gobierno descansaban en una experiencia colonial que había dejado a los cubanos incapaces de gobernarse por sí mismos, dependientes de modelos externos inadecuados para las condiciones locales. Para empeorar las cosas, las instituciones eran defraudadas por la apatía pública, la corrupción y el egoísmo.

Ninguna institución reflejó más fielmente la escena nativa que los partidos políticos, los cuales se repartían el tesoro público y unían fuerzas para evitar la disputa de su monopolio. Verdaderos monopolios de las así llamadas “clases medias”, ningún partido sobrevivió las vejaciones y tribulaciones de la dictadura de Batista en los cincuenta. Sólo los comunistas fueron capaces de crear una organización sólida y disciplinada. La protesta de los años cincuenta fue contra todos los partidos, los cuales estaban completamente desacreditados. Dada esta situación, no es sorprendente que la violencia haya caracterizado casi un tercio de la historia de la República.

Carente de un aparato político efectivo, Cuba quedó a merced del ejército; sus dos caudillos mayores, Gerardo Machado y Fulgencio Batista, protagonizaron más de la mitad de la historia de la República. Sin embargo, a diferencia de los ejércitos de otras repúblicas hispanoamericanas, el cubano carecía de vínculos fuertes con la Iglesia y los señores de la tierra. Fruto de la traición de Batista a los Auténticos en 1933, era de origen reciente y fue diseñado por los arquitectos políticos americanos, que necesitaban

un cuerpo armado que sirviera a sus intereses. De hecho, el ejército sirvió como fuerza policiaca doméstica, impopular y corrupto, mantenido y abastecido de armas y municiones por los Estados Unidos durante la Guerra Fría.

Cuba era católica. Sin embargo, la Iglesia ocupó una posición análoga a la del ejército, en gran medida porque había fallado al actuar como elemento de cohesión o para unir, como fue frecuente en Hispanoamérica, a las fuerzas conservadoras tradicionales de la sociedad. Era sólo una institución endeble más con fuerza superficial apenas. Ciertamente, la mayoría de los cubanos eran nominalmente católicos, pero sólo uno de cada diez practicaba realmente el credo. Muchos eran superficialmente agnósticos.

Institución urbana, la Iglesia era especialmente débil en el campo, donde la clerecía era escasa. En 1958, Cuba tenía sólo 725 curas para una población de seis millones. Más de tres cuartas partes de ellos eran españoles, incluyendo a casi toda la jerarquía. No es sorprendente, entonces, que la Iglesia no tuviera feligreses en masa. Vagamente aliada de los grupos de alto ingreso, su posición nacional era débil. Con poca vitalidad y prestigio, era incapaz de aglutinar a la sociedad y unir a la opinión pública, incluso en su propio interés o en apoyo al *statu quo*.

Recapitulando, Cuba tenía una sociedad fragmentada que podía ser fácilmente tambaleada por un enemigo disciplinado, en este caso la banda de jóvenes revolucionarios encabezados por el extremadamente inteligente y dinámico Fidel Castro, quien, bien instruido, había estudiado a Marx y sabía lo que quería. A edad temprana, Castro había participado en un levantamiento abortado contra el gobierno de Colombia, se había involucrado en vendetas contra líderes venezolanos y abogado públicamente por grandiosos programas de ayuda para América Latina. En su famoso discurso “La historia me absolverá” había delineado un programa de cambio para Cuba, en el que incluía la reforma agraria y la necesidad de recuperar la soberanía del país, lo cual implicaba poner límites al papel de Estados Unidos en los asuntos de la isla. Rebeldes de la estatura de Castro rara vez aparecen en la escena mundial.

Los acontecimientos internacionales favorecieron a los rebeldes.

La Guerra Fría, irónicamente, los ayudó y obstruyó al mismo tiempo. Ciertamente, Estados Unidos, el maestro de los asuntos cubanos, había dejado claro que nada amenazaría el *statu quo* de América Latina. Tan exitoso había sido en mantener su dominio imperial que llegó a creer que podía controlar cualquier movimiento que pusiera en peligro sus intereses. Así, vio a los cubanos como incapaces de lanzar un ataque exitoso al *statu quo*. La arrogancia de los arquitectos de la política exterior norteamericana se alimentaba de sus exitosos esfuerzos por frustrar la independencia cubana en 1898; la imposición de la Enmienda Platt en 1902, que convirtió a la isla en su colonia; la hechura de un gabinete de camarilla en los veinte; el sabotaje a la reforma de 1933 y la manipulación de Fulgencio Batista, dictador de Cuba desde 1952. Los americanos habían convertido a Cuba en su burdel y en proxenetas a sus políticos. Sin embargo, la Unión Soviética, embarcada en la lucha por la supremacía mundial, ofreció ayuda económica y apoyo político. Fue posible encontrar un aliado internacional.

III.

La rebelión mexicana

La rebelión mexicana de 1910, que en una coyuntura pareció salirse de control, nunca desembocó en un trastorno revolucionario a escala total. Pese a su retórica radical, permaneció en los límites de la estructura capitalista. Eventualmente, su liderato actualizó el modelo teórico del siglo diecinueve, poniendo la teoría mexicana, si no la práctica, en línea con la realidad de Europa occidental y los Estados Unidos. Bajo esta luz, la rebelión mexicana debe ser vista como una de las últimas protestas burguesas del siglo diecinueve y no, como se afirma frecuentemente, la precursora de las explosiones socialistas del siglo veinte. ¿Cuál fue la causa de su limitado alcance?

La clave, de nuevo, está en la estructura social. Cualesquiera que hayan sido sus debilidades, México tenía una rígida estructura de clases, resistente al cambio. La élite gobernante tenía viejas raíces en el país y derivaba su fuerza de la propiedad de la tierra. El sistema de hacienda no era una simple unidad económica, sino un

modo de vida que databa de tiempos coloniales, íntimamente entretreído con la estructura nacional. Destruirlo significaba golpear a una clase de la que dependía el bienestar de millones de personas y que tenía fuertes aliados en la Iglesia y el gobierno. En efecto, los hacendados y los gobernantes eran a menudo una y la misma cosa. La élite tenía un conjunto de valores fuertemente definidos que la identificaban y era tan mexicana como cualquiera otra de las clases. Los hacendados, el núcleo de la clase alta, junto con sus aliados en los negocios y la industria, formaban una formidable barrera contra la propagación de la Revolución. Sólo un asalto frontal y prolongado contra la clase alta, con liderato dinámico y apoyo popular sofisticado, podía destruirla.

En el México de 1910, sólo la clase media podía aportar el incentivo y el liderato para tal ataque. Pero estaba penosamente preparada para ello. Pequeña y de origen reciente, carecía de un fuerte sentido de clase y de ideología propia. Difícilmente podía catalogarse como burguesía nacional, ya que la industria estaba aún en su etapa infantil. Con excepción de una pequeña minoría, los voceros de la clase media perseguían objetivos limitados. Básicamente, lo que querían era una mayor tajada del pastel y ascender a las altas esferas del sistema, más que destruirlo. Muy pocos querían cambiar dramáticamente la dependencia económica del país de los mercados y el capital americanos, requisito obvio para la transformación social. Querían modificar el *statu quo* porque les negaba la igualdad de oportunidades con la élite, a la que aspiraban unirse. Más que ocupar un lugar propio en la sociedad, la clase media rural y urbana imitaba los valores y costumbres de los ricos. Tenía poco que la distinguiera por sí misma. Temerosos de los pobres de la ciudad y el campo, sus miembros temían el cambio social tanto como los ricos.

Los de esta clase aspiraban a modernizar el sistema de modo que los mexicanos occidentalizados y educados pudieran compartir los frutos del banquete. Los líderes de este tipo difícilmente visualizaban la Revolución a fin de que los de abajo, para usar la frase de Mariano Azuela, participaran del botín. Para que se convirtieran en abogados del cambio social, la presión tenía que venir de abajo, lo que nunca ocurrió, al menos no suficientemente, y en todo caso no de manera sostenida.

Además de esto, la presión falló al manifestarse por sí misma en sentido pleno debido a las características del trabajador. Como clase, la fuerza de trabajo industrial comprendía una pequeña fracción de la población total, menos de 800 mil mexicanos.

Igual que la clase media, era de origen reciente. Su conciencia de sí misma como clase era débil; la solidaridad de la clase obrera industrial era sólo un espejismo en el horizonte. La geografía y la naturaleza de la economía habían desparramado el pequeño ejército de obreros industriales por los cuatro vientos.

Se necesitaba tiempo y mayor desarrollo económico para unir a los trabajadores de las minas, los ferrocarriles, las fábricas y los campos petroleros en una clase homogénea con objetivos concretos propios. Tan débil era su conciencia de clase que, bajo la tutela de burgueses de la Casa del Obrero Mundial, los obreros textiles llegaron a tomar las armas contra campesinos rebeldes. Los oportunistas jefes burgueses de la rebelión fácilmente embaucaron a los trabajadores, emplearon la fuerza para mantenerlos alineados cuando fue necesario, y así sofocaron la presión desde abajo para el cambio.

Con unas cuantas excepciones, el campesinado, contraparte rural del trabajador, analfabeto en su mayoría, ocasionalmente espoleó la radicalización de la rebelión. Salvo el notorio caso de los zapatistas, los habitantes del México rural carecían de conciencia de clase e incluso de grupo. Las cuestiones ideológicas les eran ajenas. Y cuando finalmente se alzaron, sus demandas rara vez exigieron más de un pedazo de tierra para labrar y escuelas para sus hijos. Inexpertos en la protesta política moderna, se mantuvieron separados por la geografía y, en el caso de la población india, por la cultura. Un enorme segmento de campesinos, unos cuatro millones, no hablaba español incluso. Después de siglos de explotación y olvido, el labrador autosuficiente había aprendido a depender de sí mismo y a desconfiar de los extraños. Ciertamente, innumerables calzonudos se unieron a los grupos guerrilleros que asolaron el campo durante los años de lucha, pero a menudo carecían de una idea clara por la cual luchar. Aquí y allá, algunos incluso unían su suerte a la del hacendado. Esta enorme población campesina, quizá dos terceras partes de la población total, no sólo

falló frecuentemente en radicalizar la rebelión, sino que a menudo sirvió como barrera conservadora al cambio.

Había también otras viejas instituciones a las cuales considerar. Una era la Iglesia Católica, que durante tres décadas había sido el baluarte del Viejo Régimen. La jerarquía, conservadora y temerosa del cambio, veía a la rebelión con recelo; un obispo llegó tan lejos como emitir una carta pastoral que pedía al diablo arrojar mil maldiciones sobre sus seguidores. La jerarquía tomó una posición inflexible sobre los artículos 3, 5, 27 y 130, en teoría puntales de la Constitución de 1917, la carta revolucionaria. Así, el catolicismo ayudó a erigir un muro de sospecha y desconfianza entre las nuevas ideas y el pueblo al que se proponía servir. Ni siquiera Emiliano Zapata, el apóstol de la reforma agraria, tuvo querrela con la religión católica y el clero. Unir a los mexicanos bajo el estandarte de la Revolución probó a menudo ser una tarea hercúlea porque un elemento del viejo orden, la Iglesia, ejercía fuerte influencia ideológica sobre una enorme porción de mexicanos de todas las clases, influencia generalmente acorde con las costumbres del pasado. Como exclamó el general Agustín Millán, “la imagen del clero como uno de los formidables enemigos que bloquean la reforma está en el corazón de todo revolucionario honesto.”

El liderato de la rebelión tampoco fue verdaderamente radical. Fue esencialmente burgués y pragmático. Los caudillos Madero, Carranza y Obregón eran señores de la tierra, miembros de la burguesía rural. Ninguno de ellos visualizó la transformación completa de la estructura económica ni siquiera la reforma agraria. Madero y Carranza dejaron claro que no tenían estómago para disolver la propiedad agraria a fin de entregársela a los campesinos. Obregón toleró la reforma agraria y hasta la fomentó cuando su gobierno fue desafiado por una rebelión militar en 1923, pero no era enemigo de los hacendados, muchos de los cuales eran sus amigos. Estos hombres y sus aliados eran reformistas, no revolucionarios.

Finalmente, tampoco el clima internacional estaba maduro para el cambio radical. Desdeñosos y desconfiados de la retórica y las proezas socialistas, los países capitalistas occidentales, Estados

Unidos entre ellos, dirigían los asuntos del mundo. Para complicar las cosas, el fin de la guerra en Europa abrió paso a una década de gobiernos conservadores. Los hombres conformes con el estado de cosas ganaron el control de la política en Estados Unidos, inversionista y mercado principal de las exportaciones mexicanas. Ellos no tolerarían experimentos en la puerta más próxima.

Así, México gozó una Revolución a la mexicana: “mal planeada, pobremente ejecutada y sólo marginalmente exitosa.” □

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2013